

# La modelo

(CONTINUACIÓN)

Montevideo, Marzo de 1912.

Mi querido hermauo y buen amigo:

Eres un holgazán. Escribe más largo y más amenudo. A mi también me gusta leer tus cartas, llenas de cordura y fácil gracia encantadoras.

*Myna.*

Tu dices: Amelia (¡ah! dale un papírotazo en la naricilla á Colibri) sobre todas las cosas. Bien, no está al. Yo digo: Yo sobre todas las una cosas. ¿Entiendes? Yo quiero ser adorado por mujer; yo la querré también, porque no es un milagro difícil querer á una mujer cualquiera, si es hermosa, graciosa ó espiritual, y todo junto mejor. Si tu murieses en mis brazos recomendándome á Colebri, yo me casaría con ella, y seríamos ambos felices, y tú, desde la eternidad, volcarías sobre nosotros puñados de bendiciones. ¡Qué cuadro! No te parezca mal la broma. Eres idiota. Bien. Pero conste que hablo en serio, mejor dicho, francamente, mejor dicho, sencillamente. Bien. A lo de Myna.

Mi pasión por Myna está lejos de ser lo que tu pides á la buena pasión, rabia de cuanto le es adverso, espasmo del ser, melancolias é inquietudes; tal pasión espero despertarla en Myna; ya se lo he dicho: La esencia del buen amor consistirá en ponerlo sobre todas las cosas.

Y si no se halla capaz de amarme así, yo, que puedo amar á todas las mujeres, ¿por qué voy á condenarme á una humildemente dotada, ni excelsa, ni millonaria?

Tú conoces á varias mocitas. Renata Loria, Julia Pino, las de Iturrioz y otras que sería prolijo enumerar dime todo lo fatuo que gustes). con más ojos que ropa de abad para mi talento y apostura, y lindas, graciosas, discretas, con dotes, en fin, que no cuenta Myna en tanto grado. ¿Soy un sinvergüenza? ¡No, señor! Pues las mocitas que piensan todo esto y algo peor, resumido en la expresión táctica de las mamás: pescar un marido, un buen partido ó un buen muchacho á secas, ¿serán de oro uobilísimo? ¡Vaya, vaya!

Yo soy leal, por lo menos. Le digo á Myna: sé verdadera y seré tuyo.

Y no me pongo en una trama de pequeñeces y frivolidades y miserias. No. Yo quiero que nuestra pasión lo sea de toda verdad. Yo soy digno de ser amado. Yo no quiero turbarme con desazones de celos, adulaciones y demás formas de sometimiento. Estará bien, no está mal. Yo no estoy en ese caso. Dirás: Tú que puedes enamorarte de todas las mujeres, ¿por qué vas á merecer la pasión heroica de una sola? En verdad, no me disgustaría que me amasen todas las mujeres bellas. Bien, esto es broma. No. Yo soy humano. Yo no podría abandonar á la mujer, al padre, al hermano, al amigo, al perro que me hubiesen regalado su abnegación, su cariño y simpatía. Pero aun no he tenido verdadera novia: solo tengo madre; no conozco todavía cual será mi hermano, amigo ... no sé, y á perros como tu Pancho no puedo evitar el darles de punta-piés cuando la ocasión se presenta. ¿Egois-

mo feroz? No creas. Yo puedo amar, yo quiero mucho á mi madre, y querré mucho á mis hermanos buenos, y deseo muchísimo un buen amigo y un perro fiel. Si, yo soy humano, en las partes bel as, justas y heroicas de lo humano. Soy grave, soy grave, sí.

Y Myna tiene miedo, y me lo dice de un modo tan niño, que no trasluce presunciones de cálculo ó bajas vanidades. Si hubi se algo de esto en su expresión, sería en la superficie tan solo: ¿Quién puede librarse por completo de las ideas ambientes?

Pero sería debilidad, con todo, y yo quiero una pasión heroica. ¡Elsa, Elsa! Y si persiste en sus mirados, ya no sería este influjo de las preocupaciones sociales tan superficial, y entonces mi pregunta: Si es fácil que er á todas las mujeres lindas, graciosas ó espirituales, ¿por qué reducirse á una sola de tantas, perdiendo la misa y la feria, el santo y la peana?

Le mandaría un ramo de rosas, y aquí paz y después gloria. Y á la postre los dos habríamos ganado algo: yo, asunto para mis cosas literarias, y ella... ¿sabe que desde que jugamos á los amores se ha pue to más linda, más sana? ¡V es su primer amor! Figúrate cuanto ganará Myna en estos amores, y cuanto quedará en su memoria de bello y delicioso! Por lo demás, yo haría que fuesen fugaces y amenos los amorios, en bien de su corazoncito y de su fama.

¡Oh, Mynal! ¿Serás Elsa?

Bueno. Viene á buscarme para cenar y divertirnos el capitán Eupuch. Sus recuerdos. Adien.

¡Ah! sí, muy hermosas las poesías de Basti, sobre todo el soneto final, muy triste, horriblemente triste, pero divino.

Cumpliré, si puedo, tus encargos. Un abrazo.

OSCAR.

¡Oh Mynal!

Será éste otro dibujo de la mano ociosa; más hoy no va mi ocio en medio de la tarea cotidiana, sino dominante sobre todas mis preocupaciones, consagrada en absoluto á la gracia de Myna. Pero no, no. Aún veo por donde ardo. ¿A quién no seduce la gracia? ¡Y fué tanta la suya manifiesta hoy!

A cada paso descubro, siento la existencia de una zona de arte y de abiduría no sospechadas por lo más de los hombres, ya sean doctos ó de la buena gente.

En mis tiempos de rapaz, mi buen padre me aconsejaba la lectura de obras instructivas, las de Brehm, de Julio Verne y aún, aún la de la inmortal novela cervantina. Con iguales palabras, menos la desdolorosa para él de novela, recomendaba la última. El decía exactamente: ¡¡El Quijote!! (Esto quería decir: ¡¡Caráspita con el Quijote!!); y con mucho énfasis (alcahuete quizá de un casi total desconocimiento del famoso libro) añadía ¡¡La obra inmortal de Cervantes!!! Y prolongaba su gesto en ponderación admirativa de suerte que abuela, madre y yo, y aún la gata, no osábamos cerrar la boca.

Pero, ¡caráspita! ¿qué iba yo á decir? ¡Escábase uno con tanto deleite á considerar los buenos tiempos de rapaz!

Ya recuerdo. El buen viejo decía sobre mi cabeza, toda ufana entre las páginas de Brehm. ¡Qué sabías las hormigas! ¡V el cañal! ¡V los cucos!

Y yo—¡qué sabiduría también y que desconcertante, por cierto, la de los chicos!—interrumpí los caráspitas de mi buen padre con esta observación: Y eso que no van á la escuela.

Bien. Ahora quiero comparar, no se ofenda la divina Myna, Myna la divina (evoca ó no este juego melódico el principio del Korán?), la sabiduría de tales animalitos con la de Myna la divina, la divina Myna, señora de todo lo creado, á quien se reverencia desde Adán posternándonos á sus plantas nimias y rosadas. No se ofende Myna porque ha leído la vida de las abejas de Maeterlinck.

En serio. He podido comprobar, merced á esos problemas triviales (tan sin número en charla de niños y de enamorados, una claridad y justeza maravillosas en el juicio femenino.

¡Oh, Mynal!

Acaso por buscar frescura y reposo, después de un delirio de anhelos en la hoguera de los labios, le despejé la frente para que bajase luz á su rostro y le di en ella un beso breve y quieto y sin ruido.

—¡Beso casto!—dijo con sonrisa clara.

Y yo pregunté, con sonrisa un poco truhanesca, de asechanza:

—Y los otros besos ¿qué son?

—De amor—confestó simplemente, naturalmente.

Invadiendo la jurisdicción de su moneda (los hombres nos afeminamos, y no ha de tenerse á desdoro, en las horas de amor), le dije luego:

—¿Por qué tanto me quieres, me quieres? ¿No estamos del todo seguros?

—Será porque á uno le gusta que le digan que si muchas veces.

—¡Pues claro! ¡Soy un tontol!

—¡La tonta soy yo! ¿No se como me quieres? ¿me quieres?

¡Oh, Myna divina! Tu gracia rescuita mi sentido común.

Un caso de fil-sosía trascendental:

Las más de nuestras mujeres, quizá por defecto de una larga tradición y de ambiente propicio, por constituirse y desarrollarse la nacionalidad en la era del pensamiento crítico, no reciben, sencillamente, naturalmente, sensibles determinaciones del orden religioso, y así la idea de la muerte no agita en sus almas el afán de la vida futura, sino la nostalgia de la vida vivida. Con ánimo de sondearla en este punto, le hablé á Myna de cristianismo, á lo Chateaubriand, y con tanta unción y arrebatado que yo mismo dudaba por momentos no se hubiese trocado mi persona en la de un Francisco de Asis ó un Lavonarola. Escuchaba Myna con atención profundísima. De pronto, le dije con voz tierna y sincera, sí, sincera:

—¿Cómo podremos amarnos mucho, mucho, siempre, siempre, si nuestras vidas acaban con la muerte?

Y Myna quedó suspensa, visiblemente angustiada.

Luego la besé, nos besamos, y pronto los besos fueron tantos y tales, que toda vislumbre de lo eterno quedó sofocada. Pero yo senti, resbalando por mi rostro entre los besos, la voz desfallecida, mimosa, de Myna:

—¿Qué importa morir para siempre después de tal felicidad?

¿Quién podría soportarla eternamente?

¡Oh, Myna divina!

EDUARDO DIESTE.

(Concluirá.)



### Deuda de gratitud

La Coruña acaba de pagar una deuda de gratitud al ilustre gallego que fué su representante en Cortes y benefactor don Aureliano Linares Rivas, erigiéndole un monumento que perpetúe su memoria.

Este acto nos recuerda un hecho que demuestra que don Aureliano no sólo se interesaba por la capital sino también por los pueblos de la provincia cuyas necesidades conocía bien.

Era por entonces ministro de Fomento del gabinete que presidía don Antonio Cánovas del Castillo, cuando ocurrió aquella memorable inundación del 23 de Octubre de 1895, que tantos perjuicios ocasionó al pueblo de Padrón y á las aldeas que asientan en las márgenes del Sar.

Tan pronto tuvo conocimiento de tan gran desastre, se apresuró á telegrafiar al gobernador, que lo era entonces don Silverio Moreda, interesándose vivamente por su aflictiva situación; y, sin estímulos de nadie, ordenó que los ingenieros del Estado saliesen inmediatamente para esta villa, á fin de hacer los estudios necesarios de canalización del río Sar que evitasen á lo sucesivo el peligro constante con que amenaza á sus habitantes en épocas invernales, consignando desde luego para ello una subvención de pesetas 30.000 con cargo al presupuesto de Fomento.

El estudio se hizo, y sin duda se hubiese llevado á cabo, de tener diputados que verdaderamente se interesasen por el distrito.

Nosotros, pues, nos asociamos á la manifestación de agradecimiento que acaba de tributársele en la Coruña, y nos descubrimos respetuosamente ante su estatua que el pueblo coruñés le ha dedicado por suscripción popular en la Plaza de Mina.

Y ahora, una pregunta:—¿Si había un proyect de canalización de fecha reciente, á que objeto se ha mandado á los ingenieros del Estado, á raíz del advenimiento al poder de los liberales, que hiciesen nuevos estudios?

¿De obrar con sinceridad, no hubiera sido más rápido el que el primer proyec-